

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco,  
coordinadores

# Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad



**FLACSO**  
ECUADOR

© 2014 Flasco Ecuador

Coordinación de la Colección

Pensamiento de Fernando Velasco Abad:

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco.

Coordinación editorial del volumen: Soledad Álvarez Velasco

Edición: Álvaro Campuzano Arteta

Impreso en Ecuador 2014

ISBN: 978-9978-67-428-4

Flasco Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888 Fax: (593-2) 323 7960

[www.flasco.edu.ec](http://www.flasco.edu.ec)

La versión E-book de este volumen contó con el auspicio de la Fundación Rosa Luxemburg con fondos del Ministerio Alemán para la Cooperación Económica y el Desarrollo (BMZ)

# Índice

<b>Presentación</b> .....	ix
<i>Soledad Álvarez Velasco y Santiago Ortiz Crespo</i>	

## Apertura: el Conejo que necesitamos

<b>Fernando Velasco: pensamiento y acción</b> .....	3
<i>Alejandro Moreano</i>	

<b>Fernando Velasco: intelectual y militante.</b> .....	9
<i>Enrique Ayala Mora</i>	

## I. Debates desde la teoría de la dependencia

Capitalismo dependiente y relaciones de producción en <i>Ecuador: subdesarrollo y dependencia</i> de Fernando Velasco .....	21
<i>Matari Pierre Manigat</i>	

“Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro”: recordando y recuperando el marxismo crítico de Fernando Velasco Abad .....	33
<i>Agustín Lao Montes</i>	

Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia y el anuncio de la teoría de la revolución .....	43
<i>Patricio Rivas Herrera</i>	

## II. Legado en los estudios agrarios

La cuestión agraria en el pensamiento de Fernando Velasco . . . . .	55
<i>Manuel Chiriboga Vega</i>	
Crítica a la modernización capitalista y horizonte de autonomía en el movimiento campesino . . . . .	65
<i>Francisco Hidalgo Flor</i>	
El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas cuestiones agrarias . . . . .	75
<i>Francisco Rhon Dávila</i>	

## III. Legado político y organizativo

Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política . . . . .	85
<i>Alberto Acosta</i>	
El pensamiento político de América Latina en los setenta: sus rupturas y perspectivas en el siglo XXI . . . . .	95
<i>Francisco Muñoz Jaramillo</i>	
Marxismo, socialismo y teología de la liberación en la década de los setenta en Ecuador . . . . .	109
<i>Hernán Rodas</i>	
El legado político del Conejo y la(s) izquierda(s) en el Ecuador y el mundo de los setenta. Un ensayo testimonial . . . . .	119
<i>Máximo Ponce</i>	
Fernando Velasco . . . . .	127
<i>Fander Falconí</i>	
El Conejo Velasco y la lucha de los trabajadores en la década de 1970 . . . . .	131
<i>José Chávez</i>	
El Conejo en la memoria de las organizaciones campesinas. . . . .	137
<i>Pedro Vásquez</i>	

#### IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970

Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta) . . . . .	145
<i>Silvia Vega Ugalde</i>	
En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta . . . . .	163
<i>Hernán Ibarra</i>	
Visión crítica sobre los aportes en torno a la problemática indígena de Fernando Velasco Abad . . . . .	177
<i>Luis Maldonado Ruiz</i>	

#### V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo

Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación . . . . .	195
<i>Massimo Modonesi</i>	
Crítica y política en la sociología radical de los años setenta. Un homenaje a Fernando Velasco Abad . . . . .	207
<i>Valeria Coronel</i>	
<b>Sobre los autores</b> . . . . .	227

# Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia y el anuncio de la teoría de la revolución

Patricio Rivas Herrera

Explicar los vínculos entre la vida de un sujeto y su entorno, por ejemplo entre la figura de Fernando Velasco y los contextos que van iluminando cómo un proceso histórico forjó su vida, ha sido un asunto tan recurrente como inconcluso en el pensamiento político y filosófico. Estas dinámicas culturales y psicosociales nos compenentran en los intersticios de cómo pasiones, derrotas y victorias, fraguan voluntades colectivas, sensaciones de época e incluso irrupciones plebeyas. Pero no hay una sucesión acumulativa entre todo esto y la construcción de individualidades. Estas últimas parecen responder a sensibilidades, biografías e incluso circunstancias inesperadas, repletas de azar. En todo caso, el fenómeno del ensamblaje entre cultura teórica y política en la región latinoamericana es frecuente pero no común. Desde este ensamblaje y su despliegue militante es como miramos desde aquí a Fernando Velasco, reconociendo que al final lo que configura el perfil de vida de una persona como él escapa a cualquier análisis convencional.

La vinculación de Velasco con la producción teórica latinoamericana –y particularmente con la de Ruy Mauro Marini– es tensa porque Velasco no buscó la importación de un patrón o modelo teórico consagrado, sino la construcción de pistas para entender la compleja forma del capitalismo dependiente ecuatoriano y las tareas revolucionarias que se infieren de esa comprensión. Esta aproximación epistémica y política se encontraba, por otra parte, sostenida en la naturaleza del ciclo intelectual de la época en la región: el afán de la teoría se correspondía en muchos casos con el ímpetu

de la acción política. Esto urdía en el análisis teórico una dirección programática muy marcada.

Más allá de esas décadas, reconozcamos que en América Latina en pocas circunstancias y periodos hemos logrado construir la originalidad de diálogos fluidos entre teoría de la revolución y procesos revolucionarios como se dio entre la *teoría de la dependencia* y la *teoría de la revolución*. No se debe olvidar que la propia noción de diálogo entre teorías requiere de un clima político y ético muy delicado de respeto entre paradigmas y nociones que no solo compiten desde el rigor científico sino que, además, disputan modelos de interpretación de realidad humana y social. En el campo revolucionario mundial ha sido muy difícil mantener el ambiente propicio para que la luchas de ideas no se trastorne en conflictos de poder y prestigio.

En más de una ocasión, la intelectualidad de izquierda latinoamericana ha actuado con una lógica tecnocrática o incluso con la actitud de un “mandarín de la ideas”, fenómeno que ha abierto brechas entre acción y pensamiento que en última instancia debilitan todo proceso revolucionario. Si bien este fenómeno ha sido explicado hasta el hartazgo por la división del trabajo en el seno del mundo capitalista, esta explicación en nuestra región es insuficiente. Por su historia libertaria y comunitaria, en América Latina han surgido masas de intelectuales anónimos que no han sido reconocidos por las lógicas institucionales del saber.

Por otra parte, muchos de los pensamientos de gran solvencia teórica y política que han nacido en la región, han provenido de procesos ubicados por fuera de las elites intelectuales consagradas y de las instituciones donde éstas despliegan su actividad laboral que, a pesar de ellas mismas, tienden a la reiteración y cosificación segura de las teorías consagradas. Donde hay lucha teórica por los sentidos y categorías con las cuales se analiza y comprende la realidad suele darse, por ello mismo, una solvente lucha política por la dirección de los procesos sociales y por la orientación global de lo que cada fuerza histórica pretende.

La posibilidad de generar hipótesis sobre la teoría de la dependencia, fraguada a partir de mediados del siglo pasado, desde las condiciones del actual siglo XXI es un riesgo que considero indispensable asumir para actualizar con rigor la propia teoría de la revolución para los tiempos actua-

les. Desde este ángulo, el tejido al cual responde Fernando Velasco es el de una intelectualidad orgánica latinoamericana que emerge desde fines del siglo XIX y que encontrará uno de sus mayores puntos de condensación en FLACSO-Chile entre 1969 y 1973 (donde la producción, el debate y la circulación de ideas fueron expansivos). Observemos que la llamada vía chilena al socialismo alteraba muchas de las premisas de pensamiento de la izquierda mundial del siglo XX. En la gramática de un gran diálogo entre la izquierda chilena de ese momento, la intelectualidad nacional y mundial y el propio presidente Salvador Allende (quien se vinculaba recurrentemente con conversaciones transversales sobre asuntos que tenían una notable amplitud teórica pero que también estaban implicadas en el debate de la lucha política), se produjo esa excepcional convergencia entre el *ethos* de la reflexión y el riesgo de someterla a la prueba de la praxis.

Desde otro ámbito, en la historia del marxismo latinoamericano existen demasiados vacíos y brechas en la conexión dialógica e intelectual entre por lo menos tres grandes zonas geoculturales y políticas. El Cono Sur, con su acelerado desarrollo dependiente, generador de un joven proletariado organizado y militante y de una izquierda marxista estructurada. La región Andina con una complejidad en términos de su formación social que abarca desde los pueblos originarios de los Andes, las zonas caribeñas y costeras pacíficas, hasta la Amazonía, con asimétricos y dispersos polos de mono exportación. Y la región que comprende desde Panamá hasta México, donde el tema del antiimperialismo militante, en virtud de las sucesivas invasiones norteamericanas, ha sido una cuestión esencial. En estos territorios, a los que hay que sumar al Caribe, vamos a encontrar –singularmente en México– el desarrollo de un amplio proletariado agrícola y de un poderoso movimiento obrero, así como de intelectuales de la magnitud de José Revueltas quien intentó responder a lo largo de toda su vida a esta abigarrada diversidad de fuerzas sociales.

La pertinencia de la descripción anterior emana del hecho que los Fernando Velasco, los Tomás Amadeo Vasconi, los Ruy Mauro Marini o Emir Sader, por mencionar solo algunos de los más destacados, intentan asumir el desafío teórico y político de pensar todas estas *américas latinas* desde dos grandes matrices: la teoría de la dependencia, particularmente desde su



versión de izquierda, cuyo intelectual aglutinante fue Ruy Mauro Marini, y por otra parte, una teoría de la revolución, cuya construcción proviene desde los movimientos agrarios, proletarios y comuneros insurreccionales del siglo XIX, pasa por los intentos del modelo chileno al socialismo, e incluye el modelo de transición del Sandinismo en Nicaragua.

Esta relación compleja entre teoría y modelo político de revolución implica por lo menos tres desafíos: la construcción de fuerzas sociales revolucionarias; la dirección de esas fuerzas en términos estratégicos y de alteración de las condiciones en las cuales se reproduce el poder; y la relación entre estos factores y las formas de propiedad, la generación de riqueza y la autonomía de los trabajadores. Estos problemas han estado presentes en el debate de la izquierda mundial por lo menos desde 1920, con los giros de la política económica de la Revolución Rusa, el agrarismo mexicano de 1910, los experimentos históricos como el cubano, el chileno, en su momento, y ahora con los procesos ecuatoriano, venezolano y boliviano. Pensar a partir de estos dos universos analíticos de forma fluida y no subsumida a esquemas donde la teoría económica le pondría el freno sensato a la política, siempre ha sido un desafío pendiente en el campo revolucionario que ha sido resuelto únicamente por periodos. Escarbar en la realidad desde esta tensión supone asumir con seriedad a la economía como economía política y a la acción política como teoría política de la revolución. Pero inclusive hasta en la singular situación actual en la izquierda latinoamericana, persiste la disociación entre una política entendida como pura voluntad y una economía entendida como racionalidad exacta.

Resaltemos que en el caso ecuatoriano, el tema de transformar la matriz productiva, que es de una extraordinaria complejidad teórica, no se vincula con el tema de la alianza política y de clases que implica. No vemos en el debate de ideas en torno a este importante asunto una discusión sobre cómo se articulan los acuerdos, las alianzas y los programas para sacar este proyecto efectivamente adelante. Es decir, se trata nuevamente de cómo armonizar el pensamiento desde un modelo explicativo que en este caso se apoya fuertemente en la teoría de la dependencia, y la articulación de un modelo político original que responda con eficacia y ductilidad a lo que en Ecuador se denomina revolución ciudadana.

Pero para retornar a una perspectiva más amplia y regional, como señalábamos, las revoluciones y revueltas urbanas y rurales fueron forjando experiencias colectivas y subversivas en el campo de las luchas populares durante buena parte del siglo XX. La Revolución Mexicana de 1910, la cubana de 1959 y la nicaragüense de 1979, como ya lo dijimos, se inscriben en esta zaga como los procesos más logrados de un perdurable estado de lucha directa en toda la región latinoamericana, que hoy se extiende de manera más observable a Bolivia, Venezuela, Brasil y Ecuador. Resaltemos que la intelectualidad revolucionaria en la región que ha tenido mayor fuste y proyección ha sido la que se ha vinculado directamente (a través de la participación social o la militancia) o indirectamente (como analista, observador, pedagogo o comentarista) a la crisis revolucionaria de las formaciones sociales dependientes o a la construcción molecular o amplia de un pensamiento disidente anticapitalista. De los ejemplos señalados, hay que destacar que por cuestiones de naturaleza del ciclo mundial de 1960-1970, la Revolución Cubana logró hasta hace algún tiempo convertirse en un eje de pensamiento crítico y de conversación diversa desde el ángulo temático, teórico y propositivo. Justamente en la década de 1960 las polémicas sobre las formas de construir el socialismo, el tema de los incentivos morales o materiales y los agudos problemas teóricos de la planificación central se dieron en amplios debates donde figuras como Ernest Mandel, Charles Bettelheim y el propio Che Guevara participaron en muchos casos a través de *Pensamiento Crítico*, la notable revista cubana de ese periodo. Este debate, por lo demás, marcó momentos clave en la elaboración de la política económica en Chile durante el periodo de la Unidad Popular y en los primeros años del Sandinismo en el gobierno.

Hay una capa tectónica en permanente tensión que subyace a los debates teóricos en América Latina entre las más diversas ideas del desarrollo acumulativo y gradual para alcanzar el bienestar social de todos y todas. Estas opciones supeditan su eficacia al hecho de que somos parte orgánica de una estructura de dependencia de los grandes centros de la economía mundial o de la economía mundializada tomada como conjunto. En otro momento sería importante analizar cómo la dependencia genera patrones psicológicos y teóricos de análisis muy supeditados a una manera

de observar la realidad a la que le cuesta romper epistemológicamente con la realidad intelectual de esa misma dependencia.

La ruptura cultural y sociológica del pensamiento revolucionario en América Latina con el gradualismo desarrollista contiene dos núcleos que hay que destacar aquí. Por una parte, desde esta ruptura se remarca que las formas más avanzadas de capitalismo dependiente en nuestra región no diluyen sino que se integran a las más atrasadas, y por otra, que incluso los sectores más dinámicos de las economías internas de la región sufren a su vez la extracción de ganancia en virtud de su supeditación a la economía internacional. Este asunto es relevante ya que establece hasta ahora una diferencia entre quienes piensan que el bienestar es posible dentro de los marcos de la dependencia frente a quienes sostienen que las relaciones de dependencia son consustanciales a la reproducción del atraso, la superexplotación y la exclusión. Por esto el núcleo de una política revolucionaria no se agota en la indispensable tarea de mejorar las dramáticas condiciones de vida de nuestra población, sino que además debe apuntar a alterar los términos de la balanza de poder interno y externo, es decir a superar las condiciones que producen el dominio.

Más aún, al confrontar la tesis de la gradualidad, los dependentistas de izquierda jamás cayeron en una suerte de paroxismo a partir del que se asumiera que era posible hacer todo de inmediato y al mismo tiempo. Al contrario, el eje argumentativo de esta corriente era que para llevar a cabo cada gran tarea transformadora se debía contar no sólo con un programa en términos de secuencias y jerarquías, sino con las fuerzas sociales y políticas movilizadas que estén en condiciones de implementarlo con ductilidad y un adecuado manejo político-estratégico. Este ámbito del poder social de un proceso revolucionario relaciona el poder material para modificar las condiciones de vida con el poder político para crear nuevas formas de representación, dirección y participación en la vida política de una ciudadanía revolucionada. Por esto convengamos en que la teoría de la dependencia no nos aporta solamente una rigurosa matriz analítica para comprender las condiciones en las que se reproduce ampliamente el modelo capitalista de producción. Esta comprensión requiere de una segunda lectura que es de carácter político estratégico y que se sustenta en el tipo de fuerza social

y política que se puede forjar en cada territorio singular de una formación capitalista. Si el primer tema es de *economía política*, este último es de *estrategia política*. La mayoría de elaboraciones sólidas sobre la economía política de la dependencia abarcaron los planos políticos del tema, ya que se entendía que en éstos radicaba la condición básica de la superación de esa dependencia. En esta segunda década del siglo XXI, en un mundo de relaciones sociales integradas, esta perspectiva adquiere mayor centralidad que nunca antes en la historia del capitalismo mundial.

Pero aquí nuevamente nos encontramos con la relación densa entre sujeto e historia que señalamos al principio, o bien, entre programa histórico y utopía concreta. El estudio de la economía política que elabora Fernando Velasco, hace referencia a un afán por actuar, por poner en juego progresivo las fuerzas sociales y de clase que se confrontaban en la vieja matriz productiva ecuatoriana: campesina, agroexportadora y de pequeña producción minera y petrolera. Hacer visible y comprensible ese juego de fuerzas y leer desde ese panorama la política y cultura ecuatoriana en términos de proceso y voluntad política, es desde luego una ruptura con el costumbrismo teórico de las oligarquías políticas dominantes.

Quizás por ello Fernando Henrique Cardoso se equivoca esencialmente en pensar que las formas más avanzadas del capitalismo dependiente borran las formas más atrasadas de ese mismo capitalismo. Cardoso soslaya la categoría de formación económica y social. Por lo tanto, para él, la expansión capitalista de la dependencia iría borrando las formas más atrasadas de ese mismo capitalismo. Suposición que no permite comprender, por situar solamente algunos ejemplos, los procesos políticos en Ecuador, Bolivia y gran parte de Centroamérica, ya que estos combinan distintas intensidades en el desarrollo histórico del capitalismo, de manera simultánea e incluso con cambios de eje de acuerdo al ciclo económico. En efecto, en condiciones de recesión de la economía mundial y nacional, las formas más atrasadas de capitalismo muestran una notable capacidad de resistencia frente a otras que dependen de las exportaciones, líneas de crédito, tecnología y del mercado interno y externo en expansión. A pesar de su voluminosa producción, Cardoso trabaja con la noción de un capitalismo ideal que se autosupera sin límite de historia y tiempo, en el cual los países atrasados

lograrían salir de sus miserias si son más capitalistas y dejan atrás formas históricas atrasadas. En contraste, para la teoría de la dependencia la noción de superexplotación se comprende desde el análisis mundial de las relaciones de producción, circulación y realización capitalista, donde cada formación histórica es parte constitutiva de ese orden mundial. Señalar los atrasos en los modos productivos como anomalías que se superarán por la dinámica propia de los modos más actualizadores implica no asumir analítica y políticamente las lógicas de dominio y jerarquía que entraña toda forma de dependencia con los ámbitos mundiales de poder.

La teoría de la dependencia, desde nuestro ángulo, va a abarcar distintos niveles de abstracción que se orientan a la búsqueda de explicar la *valorización del valor*, donde las necesidades sociales o amplias de la población, son sustantivas y funcionales a la reproducción del capital, con un sujeto social y político cuya conciencia está acotada por una noción de realidad que le impide superar los constantes cercos de las formas de pensamiento dominante. La teoría de la dependencia dio lugar, aunque ella misma no lo fue, al desarrollo de una teoría crítica de los procesos culturales más contemporáneos, dependientes de las nociones de industrias culturales y mercados culturales que, por ejemplo, encontró en Bolívar Echeverría a uno de sus principales analistas y estudiosos.

Como nos lo recuerda Ruy Mauro Marini al analizar el tomo 3 de *El Capital*, la personificación fetichista permite hacer invisible la materialización histórica, social y biológica de las relaciones de explotación. Por ello las categorías de la teoría de la dependencia, como son la súper explotación de la fuerza de trabajo, la amplificación en extensión y profundidad de la extracción de plusvalía absoluta y relativa, y la jerarquización en términos de unidades productivas que vinculan atraso con intensificación de los tiempos productivos, permite, pero no resuelve automáticamente, *ir elaborando* una teoría de la revolución. Al estudiar al capitalismo en sus diversas fases de producción, circulación y acumulación desde el modelo que sugiere la dependencia, se van generando los espacios para comprender a los sujetos políticos y sociales que produce esta dependencia estructural de nuestras economías frente al sistema capitalista internacional.

Recordemos que un sujeto social y económico no es necesariamente un sujeto político. Este último supone niveles de conciencia y articulación que rompen en diversos grados con la lucha radicada solamente en la subsistencia o en la mejoría de las condiciones para vender la fuerza de trabajo. Asimismo, un sujeto social se despliega en virtud de su rechazo al orden de lo existente, pero su capacidad de generar fenómenos relevantes y duraderos va a depender de su incidencia como actor político que altera el orden político y las relaciones de poder.

Para recuperar el punto de arranque de este trabajo, entender el origen cultural y sociológico de un Fernando Velasco y explorar cómo estas discusiones, de pronto sumamente densas y en ocasiones completamente militantes, agrupan paulatinamente fuerza política y materializan la idea de rebelión, conduce a las tres consideraciones de cierre que expongo a continuación.

A partir de fines de la década de 1940 se produjo en toda la región, casi sin excepción relevante, una crisis por arriba en los modelos políticos y de crecimiento económico. Dicho sea de paso, esta será una de las causas del movimiento Cepalino, aunque no la única, ya que la otra responde a factores no suficientemente explicados que remiten al giro en la teoría económica mundial ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, la mencionada crisis en la región va a provocar una profunda y no siempre acelerada crisis de gobernabilidad en las elites regionales. Esto llevó a generar espacios intelectuales y políticos de asamblea que cuestionaron las ideologías de un liberalismo tardío latinoamericano proveniente del ciclo anterior a la Primera Guerra Mundial y basado en la relación ya conocida de exportación de materias primarias. Por último, la búsqueda desde la izquierda, pero también desde los partidos de centro, de modelos de desarrollo que resolvieran la crisis *por arriba* de Estados y gobiernos, y que controlaran *por debajo*, de manera clientelar, pero también satisfaciendo necesidades primarias de emergentes movimientos populares que ya no podrían ser encuadrados en las relaciones oligárquicas y hacendatarias de poder.

Convendría señalar en este punto, que el debate entre Agustín Cueva y Ruy Mauro Marini respecto a la naturaleza de la revolución, así como de las fuerzas sociales y los modelos productivos, evidencia —a pesar de

considerar que la respuesta de Ruy es contundente para rebatir una suerte de izquierdismo clásico de Cueva— un ambiente de ideas entre la intelectualidad ecuatoriana que se orienta a buscar de modos originales cuáles serían las singularidades de este capitalismo —cuestión que de alguna forma, décadas después, va a ser parte de la discusión teórica en el seno de la gran izquierda ecuatoriana durante el periodo del gobierno de Rafael Correa—.

Hay que recordar que muchos otros ecuatorianos, como Rafael Quintero y Érika Silva, en su momento venían ya urdiendo producción empírica y teórica sobre estos asuntos. Al respecto, quisiera señalar que aunque la construcción de una personificación de tanta solvencia y amplitud teórica como Bolívar Echeverría tiene que ver con su larga estadía en México y su estadía en Europa, la historia profunda de sus escritos evidencian una tensión fructífera entre universalismo teórico y el Ecuador profundo. Velasco se incrusta en este ancho ámbito de debates, pero produce una vuelta de tuerca de carácter político, militante y organizativo en términos de acción revolucionaria. Por este motivo, sus formulaciones no son solamente parte de la historia de las ideas de izquierda en Ecuador, sino de la construcción de una izquierda revolucionaria a la altura de la reflexión más sistemática sobre la naturaleza social del país y su estructura de clase.